



“¿Encuentro entre generaciones?”

p. 231-238

Juan A. Ortega y Medina

*Obras de Juan A. Ortega y Medina, 7. Temas y problemas de historia*

María Cristina González Ortiz y Alicia Mayer (edición)

México

Universidad Nacional Autónoma de México  
Instituto de Investigaciones Históricas  
Facultad de Estudios Superiores Acatlán

2019

712 p.

ISBN 978-607-02-4263-2 (obra completa)

ISBN 978-607-30-1390-1 (volumen 7)

Formato: PDF

Publicado en línea: 1 de junio de 2020

Disponible en:

[http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/704/temas\\_problemas.html](http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/704/temas_problemas.html)

D. R. © 2020, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



## ¿Encuentro entre generaciones?

231

El número dos de la recientemente fundada revista de la Facultad de Filosofía y Letras, *Deslinde*, está dedicado casi en su totalidad a presentarnos el conflicto generacional mexicano (agudizado durante estos últimos años y agravado singularmente a fines del pasado) tal y como se lleva a cabo en los diversos campos del estudio humanista, que es donde, en definitiva, cobra significado para nosotros la oposición tradicional de las diversas generaciones entre sí. El primer rasgo que se ofrece a nuestra meditación es que los autores, con unanimidad en verdad curiosa, rechazan en sus respectivos ensayos el montaje interpretativo que pudiera brindarles cualesquiera de las teorías generacionales hasta ayer en boga: la historiográfica de Ranke; la historicista de Dilthey; la historiológica de Ortega y Gasset; la interpretativo-literaria de Petersen; la romántico-interpretativa de Pinder; la romanista de Wechsler; la filologista de Drerup y la positivo-historicista de Mannheim, amén de otras muchas más que indudablemente existen y que por fortuna ignoramos.

En los autores de la revista citada la utilización del término generación está desprovista de todo rigor técnico y se le emplea únicamente en la cuarta acepción que consigna el diccionario académico, y, a mayor abundamiento, en expresiones corrientes con las que se quiere contraponer el grupo de adultos al de jóvenes. A veces es utilizada la palabra generación para indicar lo que en otros países de lengua española se denomina promoción, y desde luego no

se lleva a cabo por ninguno de los autores la útil distinción orteguiana entre la “coetaneidad” y la “contemporaneidad”.

Inicia el tema Leopoldo Zea, quien en su *Dialéctica de las generaciones* observa que la oposición de la juventud actual frente al mundo que han de heredar se presenta como una lucha de generaciones; lucha, o, por mejor decir, oposición dialéctica de las mismas que se da en todos los terrenos: en el político, en el económico, en el social, en el cultural, etcétera. La generación iracunda de nuestros días, que quiere hacer tabla rasa con todos los elementos y valores del pasado y sobre todo del presente, por medio de destrucciones purificadoras, soñando con este ideal no cae en la cuenta de que el mundo nuevo que ha de construirse sobre tales ruinas va a quedar asimismo dialécticamente expuesto al embate y la furia destructoras de las generaciones futuras todavía en agraz. La explicación de Zea frente a este fenómeno está fundada en la lógica de los cambios generacionales a escala universal. Se trata pues de un mundo constantemente en crisis en virtud de este eviterno proceso dialéctico, que sólo podrá cesar con la consumación de todo tiempo. Toda generación, advierte Zea, está comprometida a combatir con la precedente y a ser combatida a su vez por la siguiente.

Wonfilio Trejo, con prosa filosófica precisa, se refiere a lo que él denomina *Dos momentos del pensamiento filosófico contemporáneo en México*. El primer momento estuvo representado por la generación filosófica historicista existencialista, que hacía de la filosofía un instrumento con el que dar razones de las circunstancias históricas de México, indicando lo que es nuestro mundo y mostrando el ser de lo mexicano. No es que al autor le parezca absurda o nociva tal orientación filosófica; pero lo que censura es que los filósofos mexicanos representantes del historicismo-existencialismo, buscando la solución de los problemas nacionales por la vía de la teoría utilitaria, justificaban dogmáticamente a ésta por su grado de aplicabilidad; pero no justificaban el criterio de aplicabilidad que se utilizaba: la teoría aparente se hacía pasar por una teoría auténtica. El segundo momento corresponde a una nueva actitud filosófica analítica, que hace gala de un rigor científico que la primera generación había desdeñado. Villoro y Rossi son los representantes de esta nueva actitud, o de esta nueva tecnificación filosófica; y Zea, según el autor, no se muestra inconforme con dicha tecnificación siempre y cuando ésta se ponga al servicio de los hombres que están empeñados en resolver los múltiples problemas del mundo actual. Por último el autor subraya nuevamente lo que

separa a la generación filosófica de ayer de la de hoy en nuestro México; empero a la vez nos descubre lo que hoy une a las nuevas promociones en contraste con las de ayer: un triple repudio. Rechazo de los filósofos aplicacionistas o conformistas frente a una determinada teoría; rechazo de los desprovistos de las técnicas que exige hoy el análisis filosófico, y rechazo asimismo de los filósofos bien dotados y provistos, pero desinteresados por los problemas clásicos de la filosofía. El lector malicioso puede barajar los nombres de nuestros más connotados y maduros filósofos y etiquetarlos conforme al triple récipe excluyente recetado por W. Trejo.

Felipe Campuzano Volpe, alumno destacado del Colegio de Filosofía, especula sobre el mismo tema estudiado por el autor anterior y en cierto modo lo complementa y amplía. El título de su ensayo, “Hacia una perspectiva acerca del sentido actual de la filosofía en México”, nos parece filosóficamente correcto, pero sintácticamente disparatado. El ensayo de este filósofo en ciernes hubiera mejorado mucho si las exigencias teóricas se hubieran adecuado a las lingüísticas y viceversa. Comienza Campuzano por analizar algunos de los textos principales de lo que se ha venido llamando la “Filosofía de lo mexicano” y encuentra en ellos carencia de rigor científico, oscuridad, deficiencias múltiples y heterogeneidad. Examina los puntos de vista de Ramos, Gaos y Uranga, y halla muy discutible la manera en que estos filósofos se comprometieron con la realidad nacional. Campuzano pone pues en duda la posibilidad de que tal filosofía historicista-existencialista renovase y transformase la vida cultural del país. Juzga además el autor que la indiferencia de la joven generación filosófica por los temas nacionalistas cultivados por la generación anterior, se debe a la falta de comunicabilidad y diálogo y a no querer entender tal filosofía como un particular periodo histórico de la filosofía en México. Pasa el autor a considerar el texto del primer número de la revista filosófica *Crítica* (enero de 1967), y piensa que es acertada la nueva actitud lógico-empiricista cultivada en la misma. Los nuevos métodos críticos y técnico-científicos merecen su aprobación; el autor, siguiendo las nuevas orientaciones encabezadas por Villoro y Rossi, rechaza la primacía que la generación anterior otorgaba a la temática circunstancionalista y acientífica. Termina su examen crítico el novel filósofo haciendo hincapié sobre la necesidad de constituir una escuela de filosofía científica; pero acto seguido canta el autor la palinodia, cuando se refiere a las dificultades que impiden a los alumnos del Colegio de Filosofía interesarse en serio por esta

disciplina: obstáculos materiales y diversidad de intereses. El mayor interés, por supuesto, reside en la preocupación política, que relega a la filosófica; la dificultad máxima se encuentra en un instrumental filosófico bastante complejo. Empero hasta ahora, que sepamos, no tenemos noticia –y bien nos gustaría estar equivocados– de que un estudiante de filosofía ocurra a la Facultad de Ciencias para aprender lógica matemática, teoría de los conjuntos o topología; parece ser que el nivel medio matemático del grupo no sobrepasa el del ciclo secundario, o, si acaso, preparatorio. Esto explica, y dicho sea por la propia pluma del autor, que los estudiantes actuales del Colegio de Filosofía estén muy interesados en destruir todo lo existente para reconstruir más tarde la nueva sociedad desde los cimientos. Sólo que desconocen tales energuménicos jóvenes lo que Leopoldo Alas, *Clarín*, decía a propósito de un gran revolucionario como lo fue Galdós: que se puede ser *hombre de acción* por el camino del arte y de la literatura; y por el de la filosofía, añadiríamos nosotros, más que por ningún otro.

El ensayito crítico-literario de José Agustín, *Los monstruos sagrados del cuento mexicano*, es una débil muestra de las razones estéticas del autor, que lo hacen muy personalmente preferir, en cuanto cuentistas, a Revueltas, Arreola y Rulfo por sobre otros representantes mexicanos del género. Sin duda, el José Agustín novelista es preferible al José Agustín ensayista; las imperfecciones rebequianas y los retortijones de vocabulario se disimulan y sientan mejor en el género novelístico que en el crítico. La impotencia lingüística se hace lastimosamente patente, por ejemplo, al principio del último párrafo: es un desdichado *coitus interruptus* literario.

En *La querrela de las generaciones en el teatro mexicano*, Wilberto Cantón no nos puede presentar realmente tal discordia o pendencia, porque parece ser que en serio no la hubo. La que nos muestra el autor es más bien una curiosa y apresurada reseña crítica del teatro mexicano, o por mejor decir de los dramaturgos que escribieron y estrenaron (no todos) sus obras en los años que transcurren desde 1920 a nuestros días. Asimismo no olvida el ensayista las indicaciones referentes a las variantes en el estilo, las contradicciones, los gustos, las innovaciones, las influencias y los mensajes de los diversos autores, así como la recepción de tales circunstancias en el espíritu de los espectadores. Nos recuerda W. Cantón la utilización de lo que él llama el “lenguaje dialéctico”, con lo que quiere explicar la actitud de una generación literaria que alcanza la síntesis unificadora por superación de la tesis planteada por la

generación anterior. Aunque en este proceso dialéctico no queda explicada la antítesis, cabe pensar que Cantón la tuvo en cuenta en su reseña cuando afirma que toda síntesis alcanzada, andando el tiempo se convierte en la tesis “capaz de ser impugnada” y puesta en crisis.

En sus *Notas escépticas sobre generaciones poéticas*, es Tomás Segovia el único colaborador que, burla burlando, construye sus juicios teniendo en cuenta el método generacional empírico. El autor nos confiesa que no tiene una clara idea del concepto de generación, y que dicho concepto adolece de una insuperable imprecisión cuando se trata con él de agrupar a los poetas adoptando el punto de vista cronológico; a él le parece mejor intentar entenderlos en función de las afinidades estéticas, estilísticas, ideológicas, políticas, psicológicas, etcétera. Tomás Segovia experimenta una indudable aversión frente a toda “tendencia esquematizadora del pensamiento”, puesto que el concepto generacional viene a ser como un canevá que se impone desde afuera: útil en cuanto ordenador; pero absolutamente inoperante cuando con él se quieren aprisionar las infinitas variantes que se dan en una generación. El autor aprovecha la ocasión para romper lanzas a favor de los adolescentes rebeldes y para proclamar que la llamada *generación de Contemporáneos* constituyó un grupo coherente, si bien anómalo; pero que fue el único que poseyó una alta conciencia crítica y creadora con la que intentó transformar la situación que le tocó vivir. Termina el articulista señalando la necesidad de reeducar al público lector, tan mal formado e informado, no por la vía del consentimiento sino del sacudimiento; obligándolo incluso a exigir a gritos.

En este inteligente y oportuno ensayo de Abelardo Villegas, *México, ¿una democracia capitalista? El pensamiento sociopolítico contemporáneo*, se analizan con agudeza las últimas manifestaciones del pensamiento político de Daniel Cosío Villegas, de Mario de la Cueva y sus discípulos, de Antonio Carrillo Flores, de Pablo González Casanova, de Vicente Lombardo Toledano y de Víctor Flores Olea. Las censuras de Villegas no sólo se refieren al método expositivo de los autores tratados, sino también a la actitud metafísica de la mayoría de ellos por cuanto ven cumplidas jurídicamente las famosas metas de la Revolución; y por lo que se refiere a Carrillo Flores, no deja el autor de criticar la fórmula *realista, humanista y pragmatista* del mismo en cuanto panacea para resolver los problemas económicos y sociales de México. La postura reformista-evolucionista de González Casanova, así como la utópica-socialista-futurista de Lombardo Toledano son asimismo censuradas por el

autor, quien aprovecha en su crítica las que Flores Olea utilizó a raíz de la aparición de *La democracia en México* escrita por González Casanova. En la última parte de su ensayo el autor se revuelve también contra Víctor Flores Olea y lo censura por haber utilizado a un autor como Marcuse, quien por partida doble expone los defectos esenciales que aquejan por igual a la sociedad industrial capitalista y a la industrial comunista; es decir a los dos posibles modelos, tan poco apetecible el uno como el otro.

El examen de la pintura mexicana (1922-1950) que lleva a cabo Jesús Velasco Márquez en su *Significado actual de la pintura mexicana*, muestra las discrepancias de la nueva generación crítica frente a la de sus maestros por lo que toca a la revaloración estética de los llamados *cuatro grandes* y sus epígonos. Del derrumbe crítico se salva todo Orozco, el Rivera de Chapingo y algo de Tamayo, y Siqueiros, que es en definitiva el antihéroe de todo el ensayo, es juzgado por su *Manifiesto* (1922) como una personalidad contradictoria, y como pintor es asimismo censurado en cuanto creador de una obra también contradictoria. Con Siqueiros se clausura el ciclo plástico y se entra de lleno en la decadencia, que él y los epígonos alargan hasta el presente. El joven crítico no deja de considerar el talento de Siqueiros y lo aprecia más como pintor de caballete que como muralista, puesto que en los murales es donde el artista pone de relieve su íntima tragedia: la contradicción entre lo que dice y lo que hace. La generación actual, piensa Velasco Márquez, busca expresarse al margen del cadáver estético oficialista. Al igual que Justino Fernández, el ensayista prefiere la verdad trágica del mundo indígena recreado por Orozco y rechaza la concepción idílica inventada por Rivera. Las coincidencias críticas en este caso nos muestran en definitiva que no existe una fundamental oposición generacional.

El historiador José Antonio Matesanz, formado en El Colegio de México, se aboca a la tarea de presentar las reflexiones de *El joven historiador ante las generaciones*. Pensábamos que, por ser el articulista un profesional de la historia, estaría inclinado a exponernos su ensayo crítico mediante la utilización del método generacional historiográfico; sin embargo, no lo hace así y antes bien rechaza las limitaciones cronológicas que, aunque reales, resultan para él arbitrarias, supuesto que ser joven o ser viejo no depende tanto del tiempo sino del talante, o mejor disposición espiritual de cada quien. En este artículo no se dice nada sobre lo que más importa, de acuerdo con el tema propuesto, y sí se ahondan muchos tópicos diversos y misceláneos, que en realidad salen

sobrando: definición lata del historicismo; liquidación de la corriente historiográfica positivista; la excelente aportación de los historiadores del arte mexicano y revalorización de éste (prehispánico y colonial); reflexiones sobre el ser del mexicano, con alusión a Ramos, Paz y Oscar Lewis; la aportación de los historiadores españoles transferrados y de otros extranjeros; la escuela historiológica de O’Gorman; los prejuicios nacionalistas; la integración de nuestra historia nacional al ámbito universal; los logros alcanzados por el Instituto Nacional de Antropología e Historia; los del Instituto Nacional Indigenista en diversos campos; la historia de la Historia; la historia desde el punto de vista de la investigación socioeconómica; el materialismo histórico; la escuela de Berkeley; la materialista francesa (no marxista); diferencias y conflictos (resultan obvios) entre la historia de las ideas y la historia socioeconómica; la carencia de una historia total, es decir orgánica y coherente, mediante la coincidencia de todos los conocimientos históricos obtenidos con el concurso de “todos los tipos de historia” y la integración de la historia a las demás ciencias. Se comprende que esta suma aritmética es de suyo imposible por lo heterogéneo precisamente de los elementos que se pretende adicionar.

El historiador nos confiesa que se sintió constreñido por el enunciado del título que se le propuso. Empero, ¿por qué no lo cambió, como lo han hecho los más de los colaboradores, en lugar de empeñarse y despeñarse con una imposición titularia que para él carecía de sentido? Matesanz sólo se atrevió a sustraer la palabra *joven* para emplear mejor la de *estudiante*, considerando que escolapios somos siempre todos los profesionales de la historia no importa que se peinen canas o que incluso se prescindan ya del peine. Estos titubeos explican, según creemos, la dispersión temática del ensayista y la falta de seguridad y sobre todo de agresividad intelectual, como era de esperarse en un historiador joven a quien se le dio la oportunidad de enjuiciar a sus maestros directos e indirectos; pero el conformismo, la prudencia y la amabilidad parecen ser la tónica dominante en este investigador que no se atreve a levantarle el gallo a nadie.

Como elementos tangenciales informativos del ensayo encontramos que Matesanz recomienda para el México del siglo XX la creación de una ideología humanista; aspira asimismo a que en nuestra sociedad la profesión de historiador adquiera parecida importancia social a la que hoy posee la de arquitecto, y que el historiador se convierta en un técnico social. De esta manera, añadimos por nuestra parte, este futuro doncel historiador que sueña Matesanz



podrá aspirar, sin vergonzosas inhibiciones monetarias, a la mano de las bellas señoritas de los estratos sociales más sólidos, distinguidos y refinados.

Para poder terminar con estas consideraciones críticas, sólo nos queda ya recoger en un apretado haz las reflexiones sobre los cinco últimos artículos de *Deslinde*, que no se refieren a la temática general analizada en el mismo. Justino Fernández realiza en *Un simposio sobre no-arte* lo que nosotros estamos realizando respecto del número dos de la revista; es decir un resumen crítico del número uno de *Deslinde*. A continuación viene una nota de Jorge Alberto Manrique sobre las exposiciones y actividades artísticas ocurridas en México durante 1968. Margo Glantz, en su *Debate clásico sobre el teatro clásico*, entre otras cosas inteligentes se refiere al dinamismo interpretativo del teatro clásico occidental, en contraste con el estatismo interpretativo del teatro clásico oriental (japonés). Abelardo Villegas examina con agudeza una obra recientemente publicada de Marcuse, y Luis Rius expone sus razones más que convincentes en demostración de que la poesía de León Felipe, pese al dictamen de serios y conocedores críticos, se presenta en versos muy elaborados, pulidos y refundidos a fin de dotarla, como lo quería el poeta, de la máxima expresividad.